

LA DEFENSA DE PUERTO RICO (1797)

Pilar CASTILLO MANRUBIA
Doctora en Historia

Para Inglaterra destacaban dos objetivos en el mar Caribe: La isla Trinidad, obligado paso de las escuadras del comercio con Tierra Firme, Portobelo y el golfo Dulce; y el de Puerto Rico, *llave de las Antillas y antemural del golfo mexicano* y principal base en la ruta del tráfico político-militar de la metrópoli con Centroamérica. Sobre estos dos claros objetivos se centró la actividad de las últimas grandes batallas de la guerra anglosajona durante el siglo XVIII.

Perdida Trinidad en las aciagas jornadas del 16 al 18 de febrero de 1797, quedaba Puerto Rico como última posición de firmeza en la ya quebrada organización del viejo imperio español, para cuya conquista se dispuso la escuadra del almirante Harvey. Los primeros rumores de la aproximación enemiga llegaron a nuestros compatriotas en la segunda mitad de febrero, esto es, inmediatamente después de la pérdida de Trinidad; así que el 13 de marzo se despacharon avisos a Santo Domingo y a La Habana pidiendo socorro de armas, tropas, dinero, etc., y a primeros de abril, el gobernador y capitán general de Puerto Rico, brigadier Ramón de Castro y Gutiérrez, reiteró al gobierno español la misma petición, manifestando el estado de los oficiales, tropa y gente de armas; en este escrito explicitaba que el número total de las fuerzas con las que contaba era de 4.029 hombres, a los que había que añadir las dos Maestranzas —la de artillería y la de fortificación— y 180 presidiarios que, voluntariamente, se prestaban a combatir.

La escuadra británica, conducida por el almirante Harvey, y los efectivos de desembarco del general Sir Ralph Abercromby se presentaron ante San Juan de Puerto Rico, a las seis de la mañana del 17 de abril de aquel año de 1797. La escuadra la componían: un navío de tres puentes, de setenta cañones, *The Prince of Wales*; dos navíos de 70 cañones; dos de 60; dos fragatas de 40; una de 36; dos bergantines de 18 y 16 cañones, respectivamente; cuatro corbetas de 16; 18 goletas corsarias, de porte, artilladas con 12 cañones; una urca grande, y un número impreciso de buques menores de transporte. Total, 68 velas. Y en cuanto al ejército, el contingente oscilaba entre los 8.000 hombres admitidos por Castro, y los 11.000 declarados por el ingeniero Ramírez.

Para hacer frente a esta crítica situación, el gobernador y capitán general Ramón de Castro convocó a los primeros jefes de la guarnición en el palacio de la Real Fortaleza y les dio la novedad, tratando de poner en ejecución el *Plan de Defensa*, aprobado por la Corona para la isleta de San Juan el 3 de octubre de 1796. El brigadier Castro, acompañado de su Plana Mayor, pasaron al castillo de San Felipe del Morro, desde donde mandó tocar generala, marchando todos los mandos a sus respectivos castillos y fuertes para colocar



Mapa de la plaza de San Juan de Puerto Rico y su bahía. Firmado por Tomás O'Daly, 1776. (Museo Naval)

a las tropas en los lugares designados. Se facilitaron al comandante Félix de la Cruz, jefe de las Compañías Urbanas, armas y municiones para el paisanaje, y se mandó que un *cuerpo volante* a las órdenes del teniente coronel graduado y capitán del Fijo, Isidoro Linares, con soldados veteranos y cuatro cañones de campaña, se situaran en las playas de Cangrejos, Punta del Condado y Monte del Rodeo, con el fin de oponer la primera resistencia a los intentos de desembarco por el sector este de la isleta y plaza de San Juan. Igualmente se dispuso que la Marina Real, bajo la dirección de su comandante, el capitán de fragata Francisco de Paula y Castro, colocara en los lugares asignados en el caño de San Antonio los cuatro gánguiles, dos pontones y 12 lanchas cañoneras de que disponía, y que otras embarcaciones se apostaran al abrigo de la pequeña cala de San Agustín para obstaculizar cualquier intento de penetración por la boca del Morro. También se dieron instrucciones para que acudieran a la capital las ocho compañías de infantería de las Milicias Disciplinadas existentes en los partidos de la islas, y la compañía de caballería destacada en Guaynabo y Bayamón. Asimismo se publicaron bandos ordenando la evacuación de las mujeres, ancianos e impedidos.

Linares, con cien hombres, se apostó en el lugar denominado La Pasa, inmediato a la playa de Cangrejos; en el caño de Martín Peña, el capitán de Ingenieros Ignacio Mascaró y Homar, con su batería, reforzada con la presencia en la bahía de dos gánguiles; en la playa de Torrecilla se situó el teniente coronel Teodomiro del Toro, con bastantes hombres de la Milicia Disciplinada; y el teniente coronel José Vizcarrondo, al mando de otros cien

nes; pero los ingleses atacaron con tanta decisión y superioridad que se tuvo que refugiarse en el puente de San Antonio. Y en cuanto los soldados ingleses aparecieron entre los manglares, salió Vizcarrondo con 50 voluntarios de las Milicias Disciplinadas, 100 ciudadanos de la República francesa y 30 de la compañía de Caballería de Bayamón, atravesó rápidamente el puente y cargó con gran ardor contra ellos, deteniéndolos. Una vez Vizcarrondo en Cangrejos, organizó sus fuerzas en tres agrupaciones, avanzó por los mangles y dio vista a la playa de San Mateo, retirándose por el puente de San Antonio, que el gobernador mandó cortar.

El 18 de abril, el general Abercromby y el almirante Harvey, que mandaban conjuntamente las tropas británicas, enviaron un pliego al brigadier Castro intimándole a la rendición de la plaza de Puerto Rico. Nuestro valeroso general les contestó que defendería la plaza que tenía el honor de mandar *hasta perder la última gota de sangre*. Y se aprestó rápidamente a su defensa.

El capitán Ingeniero Ignacio Mascaró y Homar, que estaba defendiendo el cenagoso paso del caño de Martín Peña, fue atacado por dos columnas inglesas de más de 200 fusileros. El brigadier Castro envió tres lanchas cañoneras con el fin de contener al enemigo y proteger la retirada de Mascaró; conseguida ésta, San Juan quedaba abandonado a su suerte, esperando ser atacada al anochecer. Así las cosas, Mascaró le pidió a Castro un puesto avanzado, de gran responsabilidad, para defender San Juan, siendo encargado de la defensa del fuerte y puente de San Antonio; y al teniente coronel Teodomiro del Toro se le asignó defender el fuerte de San Jerónimo.

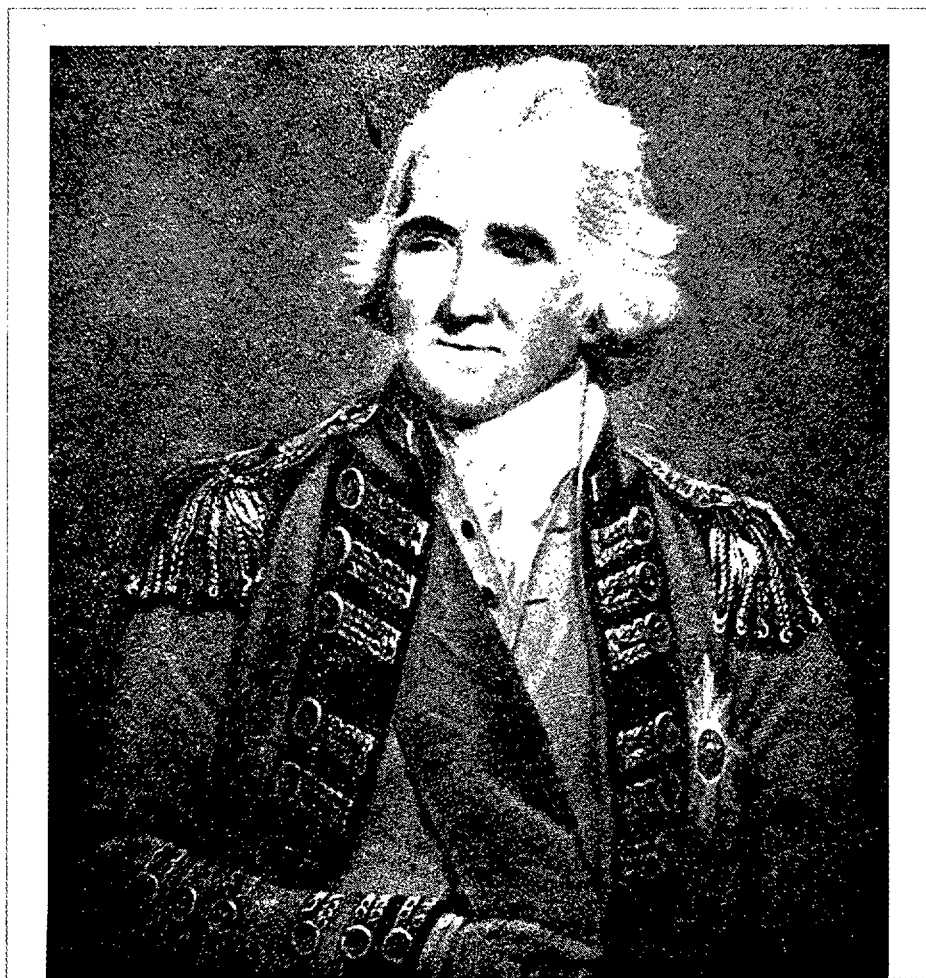
Al amanecer el 19, estos héroes luchaban denodadamente contra el enemigo, deteniendo los ininterrumpidos asaltos de los fusileros de Abercromby. Castro encomendó al teniente coronel Linares que formara apostadero en la playa de Palo Seco, con el fin de observar los movimientos de los ingleses. En Río Piedras se concentraron 400 hombres de las Milicias Urbanas de Toa, por si los ingleses atacaban por allí. Al amanecer el 20, se vio que las intenciones del almirante Harvey se fijaban en las playas de Boca Vieja y Punta Salinas, al oeste de la boca del Morro, con dos chalupas de reconocimiento, que estuvieron todo el día intentando acercarse. A las nueve de la noche, salió para evitar el desembarco el capitán del puerto, teniente de fragata Juan Hurtado, situándose en la boca de Palo Seco. Un bergantín inglés, temerariamente, fondeó al norte de la isla de Cabras, pero desde el Morro las baterías de San Fernando lo acribillaron, teniendo que retirarse. Sesenta voluntarios, conducidos por los subtenientes de Milicias Vicente y Emigdio Martínez de Andino, fueron a reunirse con Linares en Palo Seco, al tiempo que otros 50 hombres, conducidos por el sargento mayor de Toa Alta, José Díaz, detuvieron la penetración por Cangrejos. Los ingleses instalaron en el Cerro del Condado, del Rodeo, puente de Martín Peña y en Miraflores las cuatro baterías con las que iban a batir los fuertes de San Antonio y San Jerónimo, el polvorín y la línea de la playa entre el mar del Norte y el cabo de San Antonio.

El 20, las partidas conducidas por los subtenientes de Milicias Vicente y Emigdio Martínez de Andino, junto con las que mandaba el subteniente de

Granaderos del Fijo, Luis de Lara y Navarrete, bajo las órdenes del jefe Linares, emprendieron la valerosa y peligrosa acción de reconquistar el puente de Martín Peña, desalojando a los ingleses. El 22 de abril, el Ingeniero Mascaró emplazó dos cañones de a 8 en la parte inferior del puente de San Antonio y derribó los pretiles para evitar abrigos a los enemigos. También se reforzó el puente de San Jerónimo con dos morteros de nueve y doce pulgadas. Por la tarde, el brigadier Castro, convencido del inminente ataque inglés, mandó asegurar la primera línea y puso en guardia a los defensores de la segunda y tercera. La Marina colocó gánguiles y lanchas cañoneras en el caño de San Antonio, escondidas entre los mangles. La noche del 23 al 24 la pasó el brigadier Castro en las bóvedas del fuerte de San Jerónimo, reunido con su plana mayor y la de la Marina. Proyectaron un desembarco en la parte de Cangrejos que da a la bahía, pero *conociendo el general la calidad de las tropas que tenía en su guarnición, siendo el regimiento Fixo el único veterano que había en ella, nuevamente completado con reclutas...*, consideró, *sin sin mucho sentimiento de perder la ocasión, que se hallaba imposibilitado de hacer una salida de la plaza y dar un ataque brusco al enemigo para obligarle a levantar el sitio y escarmentarlo*. Pero como Castro no quería perder la oportunidad que le ofrecía la indecisión de Abercromby, a las primeras horas del amanecer embarcó una partida de 70 hombres armados, conducidos por el sargento primero de las Milicias Disciplinadas Francisco Díaz; las piraguas, protegidas por lanchas cañoneras, penetraron sigilosamente por el caño de San Antonio, desembarcando en las proximidades de las trincheras y baterías de los ingleses. A la distancia conveniente hizo una descarga y fue avanzado hasta entrar en la trinchera sable en mano, acometiendo valerosamente a los contrarios hasta ponerlos en fuga, a pesar de que serían unos 300. Reconoció la batería y, con un capitán y trece prisioneros más, decidió retirarse. La brillante acción del sargento Díaz y sus hombres fue seguida por el brigadier Castro desde el fuerte de San Jerónimo, ordenando el fuego de cobertura. Cuando Díaz y sus valientes regresaron al fuerte, el general, lleno de júbilo, dio gracias en nombre del Rey a todos y ordenó que se les entregaran inmediatamente 500 pesos del Real Erario, recomendando especialmente al sargento primero Díaz para que fuera recompensado por la Corona. En efecto, el 22 de octubre de 1797, Carlos IV le concedió el ascenso a subteniente veterano, con sueldo y agregación a las Milicias Disciplinadas.

La acción del sargento Díaz excitó a los ingleses, quienes, a las ocho de la mañana, iniciaron un nutrido fuego de todos los calibres con las baterías emplazadas al sur y este del puente de San Antonio, lucha que duró toda la noche, defendiéndose entre sus maltrechos muros los heroicos hombres de Mascaró.

A los ingleses les era imposible superar el duro obstáculo que presentaban unos extraordinarios soldados aferrados a sus debilísimas defensas. De ahí la gran injusticia que supuso el que Abercromby quisiera justificar su derrota confundiendo los que fueron gloriosos soldados con *tropas de la peor clase y las murallas imponentes*, porque si es cierto que San Juan contaba con un



General, Sir Ralph Abercromby (1734-1801).

Mandaba el ejército de desembarco que atacó a San Juan de Puerto Rico, en abril de 1797. Se unió en Barbada a la escuadra de Sir Harvey —que acababa de conquistar la isla Trinidad— para llevar a cabo la gran operación que diera a Inglaterra, con la conquista de Puerto Rico, el dominio en las Antillas y Centroamérica. Su fracaso significó para la nación británica la pérdida de la prolongada batalla del Caribe.

Había nacido en Moultry (Escocia), en octubre de 1734. Se había distinguido en las campañas de Flandes, toma del fuerte de San Andrés, sobre el Mosa, y en la retirada de Nimega. Después de su aventura en Puerto Rico, participó en las campañas de Holanda con el ejército del duque de York. Mandaba la expedición que venció a los franceses en Alejandría, resultando herido en Abukir, el 21 de marzo de 1801, muriendo días después a bordo del «Foudroyant»; sus restos reposan en la Catedral de San Pablo, en Londres, en el panteón que le erigió la Cámara de los Comunes.

(«The National Portrait Gallery, London»).

extraordinario recinto fortificado, con dos fábricas de mucho respeto —el Morro y San Cristóbal—, Abercromby se dirigió contra los flancos vulnerables, simples fortificaciones reforzadas con *sacos, barriles de arena y otros auxilios*.

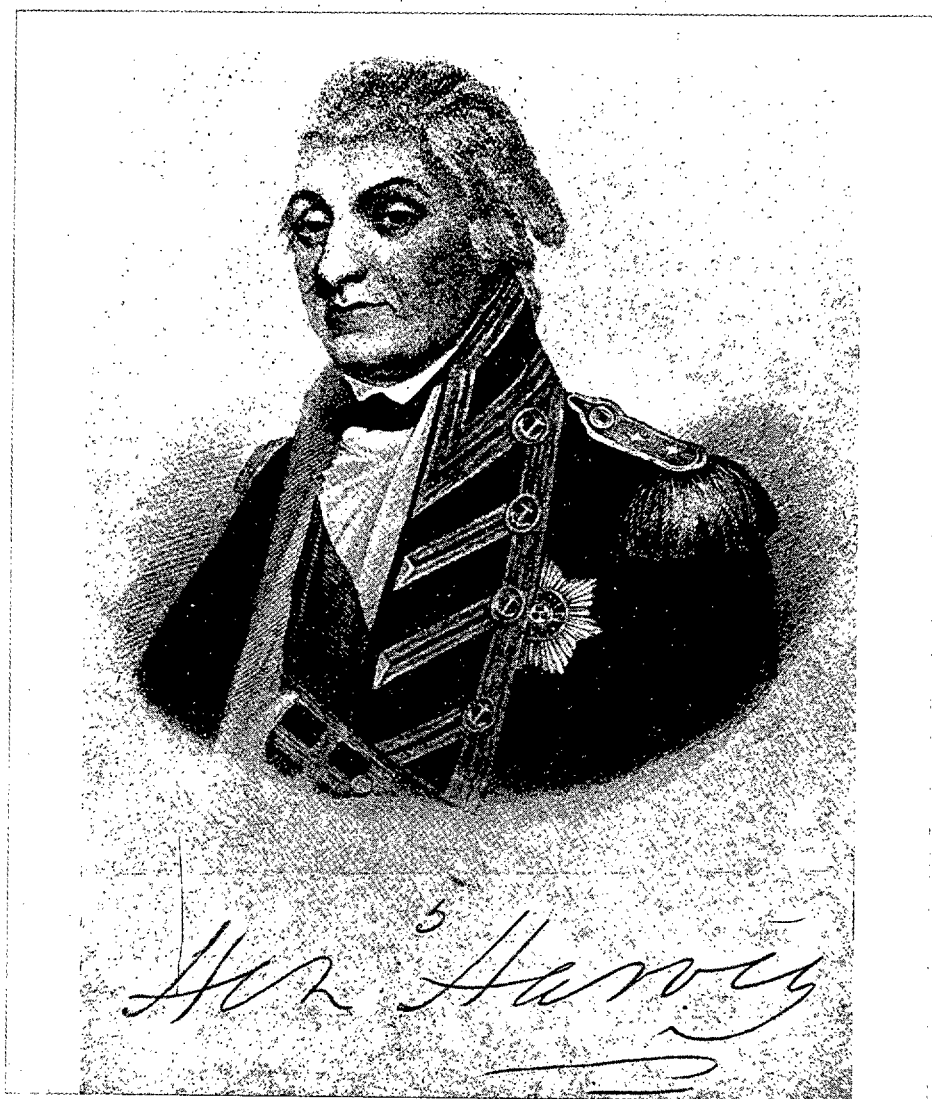
También en el fuerte de San Antonio se destacó el soldado Cristóbal Ortega que, encargado de un cañón, con sus disparos consiguió desmontar otro del enemigo. Asimismo, el fuerte de San Jerónimo fue intensamente batido por la artillería emplazada en el monte del Rodeo, y su comandante, Teodomiro del Toro, igualaba la proeza que, a corta distancia, llevaba a cabo el capitán Mascaró. Allí, otro soldado, Domingo Blanco, apuntó un mortero con tanto acierto que la bomba cayó en un repuesto de municiones y bombas del enemigo, causándole gran daño.

La isla de Miraflores constituía una posición ventajosa, porque desde ella podía hacerse saltar, por la espalda y el flanco derecho, el duro cerrojo de las líneas defensivas de la isleta. Y debido a su valor estratégico, los ingleses se apoderaron de ella y de su almacén de pólvora. Como respuesta, el brigadier Castro ordenó que en la puntilla de San Lázaro se emplazaran varias baterías para atacar por el oeste a la isla de Miraflores, lo que impidió que los ingleses planearan ninguna operación de asalto a la isleta. También mandó atacar por la retaguardia a los de Cangrejos y Miraflores, orden que cumplió Francisco Martínez de Andino con una partida volante, infiltrándose por el caño de Martín Peña y causando numerosas bajas al enemigo. Similar fue la acción desempeñada por el sargento primero Felipe Cleimpaur, al que, durante el sitio, Castro lo nombró para hacer servicio de subteniente, y que por su comportamiento fue reconocido como efectivo por la Corona en 22 de octubre de 1797.

El 29 de abril se reunió Castro con sus principales jefes, resolviendo pasar a la ofensiva. Los 800 fusileros, las dos compañías de Caballería y el cañón de batallón del cuerpo volante del Río Piedras, de Lara, toparon al día siguiente con las avanzadas y baterías enemigas del caño de Martín Peña, produciéndose numerosas bajas. Esta acción, considerada imperfecta y precipitada por el brigadier Castro, agudizó de tal modo la intranquila situación inglesa que Abercromby, temeroso de ser sorprendido por rápidas infiltraciones que lo expusieran a un copo general, dispuso en la misma noche del 30 de abril el urgente reembarque. *Resultando pues, que ningún acto de energía por nuestra parte o ninguna operación combinada por las armas de Mar y Tierra podía en manera alguna llevarse a cabo, determiné retirarme y embarcar las tropas, lo que se efectuó en la noche del 30 de abril con el mayor orden y regularidad...* (Parte Oficial del general Abercromby a S.M.B.).

Castro dispuso que tres compañías de Caballería pasaran a Cangrejos para cargar sobre la retaguardia enemiga, estorbando el reembarque; pero los ingleses habían abandonado ya el campo, dejando centenares de cadáveres, armas de fuego, municiones y víveres.

Los pliegos del brigadier Castro a la Corona fueron traídos a España por el capitán de Ingenieros Ignacio Mascaró, héroe del puente fortificado de San



Almirante, Sir Henry Harvey.

Conducía la poderosa escuadra de «sesenta y ocho Belas» que traía el ejército de desembarco del general Abercromby sobre Puerto Rico.

Jefe de los efectivos navales ingleses en el Caribe, su presencia en las Antillas iba precedida de justificado temor. Conquistador de la isla Trinidad, el 18 de febrero de 1797, arremetió dos meses más tarde contra la «llave de las Antillas», pero sus navíos no pudieron vencer la heroica resistencia que se le ofrecía en San Juan. Su flota intacta, se alejó vencida del horizonte antillano, perdida la moral de una gran batalla liquidada con el siglo XVIII.

(«The National Maritime Museum, Greenwich, S. E. 10»).

Antonio. En ellos, y llevado de su profundo sentimiento religioso, Castro decía: *Yo no atribuiré, Excmo. Sr., la retirada del enemigo, que no puede titularse así, sino precipitada y afrentosa fuga, como convencen los despojos que dejó abandonados dentro de sus líneas, a las acertadas providencias mías, sino a la mano poderosa del Altísimo que, además de dictarlas, protegió visiblemente esta plaza e ysla.* Poco después, con fecha 13 de julio, la Corona, profundamente impresionada por la brillante gesta, contestaba a Ramón de Castro ascendiéndole a Mariscal de Campo. También Mascaró fue ascendido a teniente coronel y se le concedió la Cruz pensionada de la Real Orden de Carlos III; y, por último, Carlos IV concedió a la ciudad de San Juan, por Real Orden de 13 de abril de 1799, el título de *muy noble y muy leal* y el mote que persevera en su escudo, para su honor en la Historia: *Por su constancia, amor y fidelidad, es muy noble y leal esta ciudad.*

Escrito núm. 139, de 8 de mayo de 1797, del gobernador y capitán general de Puerto Rico, brigadier Ramón de Castro, dando cuenta a Miguel José de Azanza de haber sido sitiada la plaza de su mando por los ingleses y rechazados éstos hasta obligarles a una precipitada fuga. (Arch. Gral. Mtar. Segovia: Ultramar, leg. 36, expediente 2).

Excmo. Sr.: Tengo el honor de participar a S.M. por medio de V.E., de cómo he triunfado de los enemigos de un modo que llena de gloria a las armas españolas, como de vergüenza al pabellón inglés.

Orgullosos los comandantes generales de las fuerzas terrestres y marítimas de S.M.B. en estos dominios, Ralph Abercromby y Henry Harvey con la conquista de la isla de Trinidad se dirigieron a ésta provistos de un lucidísimo tren de artillería con todos los útiles y demás necesario para bloquear y sitiar su plaza en una numerosa escuadra procedente de Martinica, compuesta de 68 buques, entre ellos un navío de tres puentes, cuatro más de 70 a 50 en que se contenían de 7 a 8.000 hombres de desembarco, según los informes de los prisioneros de guerra y desertores del campo enemigo, extendiéndose algunos hasta 12.000 y 13.000.

En efecto, al amanecer del día 17 del mes próximo pasado se avistó la escuadra enemiga sobre las playas de Loysa, al este del puerto principal de esta isla. Luego que se reconoció enemiga, distribuí con arreglo al Plan de defensa todas las tropas que componían la guarnición de esta plaza, designándolas los puestos y comandantes respectivos, los que reconocí sucesivamente por mí mismo.

El Cuerpo Volante por la parte de Cangrejos, situado también al este que más se aproxima a la plaza, pasó sin demora a ocupar sus playas, Condado y Rodeo, cuyos puestos reconocí aquella tarde y noche con el teniente de Rey y el Ingeniero en jefe, D. Felipe Ramírez. Se colocó en la tercera D. Teodomiro del Toro, teniente coronel graduado y Ayudante Mayor de las Milicias Disciplinadas de esta isla.

Fondeada la escuadra con inmediatez de la boca de Cangrejos y Torrecilla, y procediendo un vivo fuego de sus embarcaciones para proteger el desembarco, el cual presencié desde el castillo de San Jerónimo, se verificó éste al



El Brigadier D. Ramón de Castro y Gutiérrez.

Gobernador y Capitán General de Puerto Rico, había tomado posesión de su alto cargo el día 21 de marzo de 1795. Militar de preciadas dotes; a su valor, capacidad y entereza, corresponde gran parte de la victoria sobre Abercromby y Harvey en los ataques de 17 de abril a 1 de mayo de 1797. Premiado por la Corona con el ascenso a Mariscal de Campo, cesó en su mandato en 1804, regresando en 1809 a España.

Era hijo del Marqués de Lorca y Gentilhombre de Cámara de S. M. En su brillante Hoja de Servicios figura la gloriosa defensa del Fuerte-Willage (Penzacola) en 1781, frente a los ingleses; mandó la Comandancia General de las Provincias Internas de Oriente (Virreinato de Nueva España), antes de su glorioso desempeño en Puerto Rico.

(Oleo, Colec. particular de D. Acisclo Marxuach, San Juan de Puerto Rico).

aclarar el siguiente día 18, sin embargo de la oposición que le hizo el bravo oficial Toro, que causó mucho estrago sobre el contrario, y se replegó a la partida del teniente coronel don Isidoro Linares, apostado en la playa inmediata, en el mejor orden según le había prevenido. En el mismo día me intimaron los dos generales por oficio de rendición de la plaza a S.M.B. y les contesté con el honor y confianza que alentaban mi espíritu, dispuesto a resistir su entrega mientras conservase la vida.

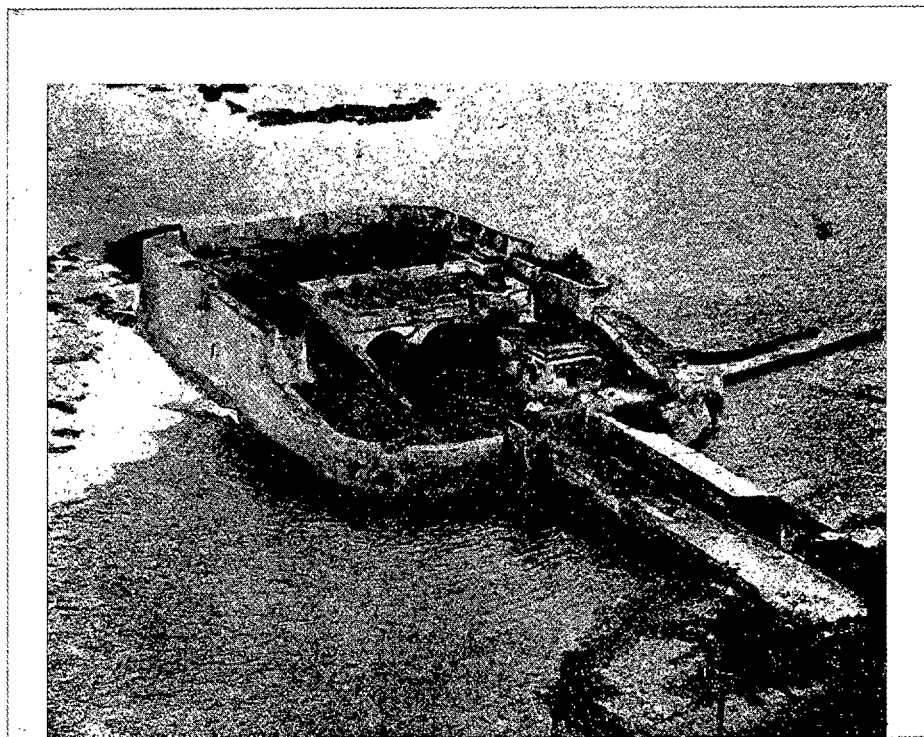
El enemigo, apoderado de aquella parte de tierra, marchó hacia el puente de San Antonio, abrió sus trincheras y formó sus baterías para franquear el paso por él; pero no lo pudo jamás conseguir por el vivo fuego que incesantemente se le hizo de las del puente mismo, que mandó valerosamente el Ingeniero ordinario D. Ignacio Mascaró y Homar y por el del Castillo de San Jerónimo, que dirigió con arrogancia el referido Toro, quien poco después de su retirada de la playa de Cangrejos pasó a encargarse del mando de él. Fueron frustradas e inútiles las vigorosas tentativas del enemigo y ataques impetuosos de fusilería sostenidos de sus dominantes baterías.

Estas que dominaban el puente de San Antonio y el castillo de San Jerónimo hicieron un fuego continuado; pero no apagaron el de uno y otro; a éstos ofendían los tiros de los navíos de la escuadra y a ambos otra batería establecida en el Condado por el enemigo. A la ofensa de éste y defensas del puente, sin duda, contribuyeron mucho los gánguiles y lanchas cañoneras situadas en el caño de San Antonio.

Durante el sitio hizo el enemigo varias diversiones por unas y otras partes dirigidas a la plaza, y a saquear y robar las casas y haciendas colindantes con su campo y líneas. Con el primer objeto se estableció en Miraflores y formó allí baterías de obuses, morteros y cañones, cuyos fuegos dirigió a la plaza, donde introdujo un gran número de granadas reales y algunas balas incendiarias; pero ninguna causó daño a estos vecinos, a quienes parece preservó el Altísimo y solamente una prendió fuego en unos de los almacenes de víveres, que felizmente apagó: con cuyo motivo tomé las precauciones correspondientes a evitar cualquier incendio. Tiró algunas bombas, pero como le faltaba mortero a placa no llegó a la plaza alguna, y las de ella le hostilizaron tanto que le obligaron a desamparar el puesto dejando infructuosos unos trabajos crecidísimos.

Con el segundo objeto hizo el enemigo en los primeros días del bloqueo muchas salidas: en ellas robó los ganados y haciendas contiguas: destruyó las casas y cuanto encontraba en ellas: cortó los árboles más útiles: ofendió a los dueños con castigos: y se comportó con tanta bajeza que en nada observó las reglas y leyes de un conquistador generoso que por los medios permitidos pretende hacer su conquista; pero, por último, con el Cuerpo Volante que estableció en el inmediato partido nombrado Río Piedras se le encerró dentro de su campo, de tal suerte que después no fue osado a salir y se pudo decir que el sitiador pasó a ser sitiado.

Cortó y arruinó el puente de Martín Peña para que no pudieran ofenderle las partidas del mismo Cuerpo, que llegó a componerse de más de 800 hombres de tropa reglada de Infantería y Caballería, y de paisanos de esta isla con dos



El fuerte de San Jerónimo (San Juan de Puerto Rico).

Viejo castillo avanzado del Sector Este de la «Isleta de S.^o Juan», de gran valor estratégico por su situación en el reducido acantilado que forma el Boquerón frente a la Punta del Condado. Ante él, la boca o paso que comunica por el Caño de San Antonio a la bahía de San Juan. Acababa de ser restaurado siguiendo los planes del ingeniero militar Juan F. Mestre —aprobados por R. O. de 30 de octubre de 1791—, cuando aconteció el gran ataque inglés de 1797, del que resultaría destrozado.

Lugar sagrado en la defensa de San Juan, aquí se defendió con gran heroísmo el teniente coronel Del Toro, resistiendo la acometida del ejército de Abercromby, y el duro castigo de los navíos de Harvey. Con el fuerte de San Antonio, defendido por el capitán Mascaró, estos baluartes constituyeron los sólidos pilares en los que se confirmaba la fuerza moral de los ejércitos españoles ante los poderosos ataques británicos en el Caribe.

(Fot. cedida por el Dr. Alegría, Director del Inst. de Cult. Puertorriqueña, San Juan de P. R.).

cañones de batería y la dotación correspondiente de artilleros, pertrechos y municiones para su servicio.

De la plaza dispuso varias salidas al campo enemigo, que hicieron en él mucho daño y condujeron prisioneros de guerra en bastante número. Por el efecto de éstas reconocí que el enemigo las temía: supe además por las deposiciones de ellos y desertores de su ejército que la vigorosa defensa de la plaza le tenía en bastante consternación, la que no había pensado: acaso procedería de algunas inteligencias que tuviese en la plaza del enemigo con vecinos extranjeros y otros transeúntes residentes en ella, que mandé arrestar privándolos de comunicación, luego que se me informó que había alguna sospecha de ellos: Se confirmaron en mi concepto las inteligencias del contrario con algunos de la plaza, en vista de un papel en que se me comunicó haber dado aviso al general inglés del paraje en el campo en que se hallaba mi mujer a fin de que dispusiere hacerla prisionera. Era también fundamento y apoyo de su expedición la noticia que tenía, según supe de sus desertores, de la escasez de víveres y falta de agua en la plaza.

Incitado de estos principios, mandé que todo el Cuerpo Volante establecido en Río Piedras con otras partidas que destiné hiciesen una salida al campo enemigo, atacándole por los costados y retaguardia, según y con las disposiciones que constan del Diario; y sin embargo de que uno de los comisionados, el subteniente de Granaderos D. Luis de Lara, no comprendió mis órdenes e idea, hizo un ataque por retaguardia con el Cuerpo Volante que causó estrago en el contrario y que rehusó la salida a que aquél le provocó: resultó de esto batirse la generala en el campo enemigo, ponerse todo el ejército sobre las armas y repartirse en dos columnas para atender a su vanguardia y retaguardia, receloso de que como por ésta se le atacara también por aquélla; y, en fin, se ha visto que fue tan precipitada su fuga al otro día y en el mismo que dejó en el campo la artillería, municiones, útiles, tiendas, víveres, caballos, lanchas, botes y otros efectos de su servicio con noticia de haber dejado enterrados otros muchos que, como los desparramados en toda la extensión de su campo, han padecido extravío y pillaje, que las atenciones de la plaza no han permitido evitar. Tomó sus buques en que estuvo embarcado el día 1 de este mes todo el ejército enemigo, y dieron vela al siguiente día, dejando a la verdad estampado un borrón indeleble para las armas británicas con su cobarde y vergonzosa fuga; el cual hubiera sido mayor si no se hubiese frustrado la salida de otras partidas que había dispuesto atacaren por el flanco a los enemigos, dirigiéndose a la parte que media entre el puente y Miraflores, en cuyo caso creo que en pago de su osadía hubieran sufrido la alternativa y extremos de rendirse o de virar.

Es admirable, Excmo. Sr., el estado ruinoso del puente de San Antonio en que hoy se mira, cortado en tiempo por disposición mía, y a mi presencia con el ingeniero en jefe derribados sus pretiles para dificultar el paso al enemigo. Su pintura, si no se le añade la vista, sería increíble. No puede atribuirse su conservación a otra mano que a la divina.

El Diario que acompaño instruirá a V.E. pormenor de las disposiciones dadas por mí durante el sitio, y movimientos u operaciones del enemigo al que

precede las relaciones de las providencias y precauciones previas que tomé para defender esta plaza de sus sorpresas, ataques y sitio.

Nada faltó en la plaza durante el sitio ni hubiera faltado aunque se hubiere diferido por quatro meses. Estuvo abundante la provisión de pan, arroz, carne (no he llegado a echar mano de 1.300 reses vacunas de 10 a. cada una que tenía arriadas a esta plaza por la parte del norte en los partidos libres del robo del enemigo). Sin necesidad, comencé a suministrar la ración de los víveres apropiados aquí para el socorro de nuestra escuadra, porque después de tanto tiempo de depósito y almacén se había reconocido próximos a la corrupción, si no se consumían. La artillería estuvo bien servida, aunque no había más de 70 artilleros de la Compañía Veterana y 200 de Milicias, porque tenía de antemano instruídos en el manejo del cañón, mortero y obús a más de 200 hombres del Regimiento Fijo y Milicias de Infantería, a que se agregaron algunos franceses que se hallaban aquí dependientes de sus buques corsarios, que, como tropas auxiliares, se han prestado a servir durante el sitio. Todos los cuerpos veteranos y levantados por mí desempeñaron su obligación en la parte que pudieron y que a su calidad correspondía. De los individuos, de todos y principalmente de los que se han distinguido, doy con esta fecha a V.E. por separado el correspondiente aviso para el premio de que les considero dignos.

Yo no atribuiré, Excmo. Sr., la retirada del enemigo, que no puede titularse así sino precipitada y afrentosa fuga, como convencen los despojos que dejó abandonados dentro de sus líneas, a las acertadas providencias mías, sino a la mano poderosa del Altísimo que, además de dictarlas, protegió visiblemente esta plaza e isla. El día 3 del corriente mes, en reconocimiento y gratitud a su piedad sin límites, se ha cantado solemnísimamente en acción de gracias el Te Deum con Misa y sermón que predicó el Ilmo. Sr. Obispo en esta santa iglesia catedral. Monté en uno de los caballos recogidos entre los despojos del enemigo, que se decía ser del servicio y uso del general Abercromby, y puesto a la cabeza de todo mi ejército, que se formó en la línea de nuestro campo en el orden de batalla, le conduje en el de columna con los cañones de campaña, banderas y comandantes triunfantes de los castillos, según pormenor expresa el Diario, hasta el frente de dicha santa iglesia, en donde volvió a su primera formación, y colocando aquellas banderas en el presbiterio, como tributo al Señor Dios de los ejércitos del triunfo conseguido, se dio principio a la función dispuesta. En su oportuno tiempo el ejército formado y la artillería de todos los castillos y recinto, con la tropa de su guarnición, hizo la correspondiente triple salva. Fue innumerable el concurso de todo el pueblo, que asistió a este religioso acto precedido de repetidos vivas y aclamaciones que demostraban el júbilo, contento y alegría de todos estos fieles y leales vasallos por la gloria adquirida en obsequio y honor del soberano y de esta isla.

Un ejército numeroso, provisto de cuanto el arte tiene descrito para prevenir y formar un sitio, fue derrotado (estaba sembrado el campo enemigo de cuerpos muertos, cuyo número con el de heridos se calcula llegue hasta 2.000, incluso los 290 prisioneros y desertores que entraron en esta plaza); a fin de que aquéllos no infestaran la atmósfera y contagiaran esta ciudad por hallarse a

barlovento de ella, he mandando que pasaren cien hombres a las órdenes de los alcaldes ordinarios y dos regidores a sepultarlos y cubrirlos con cal o tierra hasta sofocar el hedor que despedían; y, por último, ahuyentando el sitiador con vilipendio por unas tropas sin disciplina o muy poca, cual es a la verdad regular en un Fijo compuesto casi todo de reclutas, y en las Milicias, se embarcó precipitadamente.

En el día 17 sólo contaba esta plaza 973 hombres de aquél y 1.600 de éstas con dos Compañías Urbanas de 200 hombres vecinos del país y catalanes, y otras de blancos, pardos y negros libres y esclavos presentados por sus amos vecinos de toda la isla, que todos componían 300 hombres a lo sumo. Después fueron entrando las compañías de Caballería, los Milicianos cumplidos y las compañías de Paisanos de los partidos. Es verdad que todos se presentaron prontos y leales al real servicio, pero los últimos no tienen la disciplina más mínima ni había fusiles por haberse remitido 3.000 de esta plaza a la de Santo Domingo, lo que aunque he reclamado repetidas veces no pude conseguir. No había en esta bahía un buque de guerra, y aunque para la defensa de ella, que importa tanto a la de la plaza, tenía de antemano armados los pontones, gánguiles y lanchas de todos los buques que franquiaron espontaneamente sus capitanes y patronos al mando y dirección del capitán de fragata D. Francisco de Castro, que habiendo concluído su comisión del establecimiento de Matrícula subsistía en este puerto esperando ocasión en que restituirse a su Departamento de La Habana, nunca podían suplir la falta completamente tanto por su debilidad como por su corto número. No creo necesitar más pruebas para convencer que la Divina Protección recayó visiblemente sobre esta isla que, en fin, tengo la suma complasencia y gloria de haber conservado al rey y defendido satisfactoriamente... (Falta texto en el original por deterioro) gozo a que anhela todo generoso espíritu, aumentado con la consideración de que derrotado el enemigo y debilitadas sus fuerzas, quedó inhábil para hacer otras conquistas, que sin duda hubiera emprendido contra toda la América septentrional si en ésta hubiera sido su éxito feliz. Nuestro Señor guarde la vida a V.E. muchos años como deseo. Puerto Rico, 8 de mayo de 1797.

BIBLIOGRAFÍA

- MORALES PADRON, Francisco: *Manual de Historia Universal*. Tomo VI. *Historia General de América*. Madrid. Espasa-Calpe. 1962.
- NEUMANN GANDÍA, Eduardo: *Gloriosa epopeya. Sitio de los ingleses de 1797, con datos hasta ahora no publicados*. Ponce. Tipografía La Libertad. 1897.
- ZAPATERO, Juan Manuel: *La guerra del Caribe en el siglo XVIII*. San Juan de Puerto Rico. Instituto de Cultura Puertorriqueña. 1964.